

Flores para Santa Eulalia

«Coged aquí moradas violetas y encendidas amapolas... cortándolas de entre las hojas; dedicáda estos dones... pues dormida a los pies del Señor mira estas tierras y favorece a sus pueblos con encanto propicio»...

(«Peristephanon» de Prudencio)

PRUDENCIO, aquel ardoroso juglar de las riberas del Ebro que enjoyaba con sus himnos las coronas de nuestros mártires cristianos, ha dejado para la inmortalidad un himno a Santa Eulalia, que con justicia se considera perfecto.

No voy a descubrir nada nuevo en este haz de renglones. Muchos conocen de sobra la elegancia y altura espiritual del himno dedicado a la virgen emeritense. Solamente intento traducir la profunda impresión que guardo desde su primera lectura.

Hay quien ha llamado a Aurelio Prudencio el poeta del hierro y del fuego por ser el cantor de aquellos cuadros de dolor habidos en los inicios del cristianismo; pero las relaciones de horribles martirios le sirvieron únicamente para demostrar la sólida fe de los primeros creyentes y para velar las escenas de aquellos padecimientos con una poesía dulce, fina, que es la alabanza de los sacrificios. Que entre sus estrofas se nos muestre al detalle la sucesión de martirios nos parece muy natural si con las tintas quiere poner de relieve el extraordinario ánimo de aquellos santos paladines. Resulta, además, una interpretación muy española, basada en el realismo, en ese realismo tan nuestro, que nos persigue el gusto a través de los siglos. Prudencio es escritor que debe escribir así en tiempos de lucha, que eliminan paliativos y finezas con el enemigo. Sin embargo toda, toda la verdad le sirve únicamente para traducir el idealismo de sus figuras reverendas y amadas. Todo es poesía y poesía que ha influido en temas parecidos hasta nuestros días donde se ha visto reaparecer en épocas de guerras y persecuciones. Fué, pues, el impulsor hispano de un género literario. Otros caracteres de su «Peristephanon» son también ciertamente españoles. Es uno de ellos la ingenua y orgullosa alabanza (ingenua quizá por innecesaria) de sus santos ante la realizada por otros escritores respecto a los tan famosos del mundo romano. Por ello se ha querido ver en el himno de Santa Eulalia y de su martirio una réplica del de Santa Inés. Otro es el mismo motivo de la poesía que a Prudencio sirve como rezo para interceder a Dios en la etapa segunda de su vida, algo mundana en su juventud. Esto ha de repetirse después en las alternancias pasionales del Arcipreste de Hita y en algunos autores del

Siglo de Oro de la literatura patria. Es, pues, algo muy nuestro esa reacción espiritual, sincera, que surge frente a las despreciadas pasiones de los años mozos.

El himno de Santa Eulalia es, a juicio de muchos entendidos, de lo más importante y mejor del «Peristephanon». Aparte de que la belleza de sus versos sea inconfundible y única, se ha observado que por él entró la mujer en la poesía cristiana y que influye poderosamente en el primer poema francés conocido, motivos todos tres más que suficientes para hacerlo universal. Al poeta ibero, que vivió en los tiempos de Valentiniano el Grande, Teodosio y sus hijos, es decir, poco después de Santa Eulalia, debió atraerle como nada la figura ingenua algo exaltada—esa es la traducción griega de su nombre—y valiente de la niña emeritense y afina su lira para ella al mismo tiempo que da la mayor naturalidad en los diálogos. Por otra parte, él vino a Mérida seguramente en fecha parecida a la de su festividad actual y tenía que hablar a tono con la índole de los fieles, que ya rezaban a Santa Eulalia y la adoraban entrañablemente. En el Museo de Mérida hay una lápida de época algo posterior en que se invoca confiadamente a Santa Eulalia contra los peligros de la humanidad. Se trata de una lápida poco divulgada, que es uno de los primeros documentos del culto a la niña cristiana.

Para Prudencio, Eulalia fué propagadora por lo recto de la nueva doctrina cristiana y enemiga de tener ninguna consideración con el mundo, falso, caduco, pagano, de la antigüedad que no tenía ya razón de ser: «Eulalia no ama contemporizaciones ni tardanzas indignas». Huye, pues, de la dehesa extremeña, tapada con el manto de la noche, y viene absorta, predestinada, irreal, sin cansancio, caminando maquinalmente hacia Mérida. Los ángeles la guardan algo distantes: Es una marcha triunfal hacia la gloria. La noche era oscura, como boca de lobo, pero había luz divina para ella: «En su caminar nocturno mereció el día y se abrió paso en las tinieblas, y caminó sobre las estrellas»... Y llega a Emérita con el día. Su cuerpo tiene quizá el dejo de la traspasada, pero no está cansado. Le quedan muchas fuerzas para replicar al juez con valentía de verdad: «Soy enemiga de sacrificios demoníacos, aplasto ídolos bajo mis pies, y de corazón a boca confieso a mi Dios». ¿Qué le importa a ella ser temeraria con la verdad si ésta es la que le anima y le pone en camino del cielo? Por eso los tormentos no influyen para nada en su decisión de mártir. «La raíz del temple que obstinada se esconde, no puede ser alcanzada por los mordiscos del dolor»... ¡Qué segura está de su triunfo sobre el paganismo a medida que la martirizan con más y más grados y más y más saña los sayones del Gobierno! Se acerca al cielo, que tanto deseó, y la proximidad a Dios la hace exclamar, en el momento en que los garfios desgarran su carne, como hienas, y dejan sobre la piel desnuda los hilos rojos de la sangre: «Han escrito tu escritura en mí ¡Oh, Señor! ¡Cuánto me gusta leer estos tus rasgos que señalan las victorias!» ¿Acaso puede darse más idealismo real en los versos de un poeta? ¿Es que estos versos prudencianos no son ya sublimes?

Muere Eulalia para la tierra y su alma blanca, como una paloma, vuela hacia el cielo, rauda, porque ha llegado el momento deseado y mejor. La paloma o Eulalia porque todo es lo mismo, «espíritu de néctar, alma de leche, niebla de candor, bello cisne suelto de la carne mortal que, libre de cárcel, y de hierros, vuela a perderse en el azul, persiguiendo el vuelo áureo de una estrella» ha ganado con el martirio la santidad.

Y acaba Prudencio alentando a los fieles, para que depositen flores sobre el cuerpo de Santa Eulalia porque «el invierno es tan fecundo, que no se priva de flores, ni hay helada capaz de amodorrar estos campos impidiendo a nuestros cestos cogerlas a porfía».

Flores, sí, flores, para esta santa emeritense, extremeña, y rezos, que también son flores, para «la Mártir» como por antonomasia denominan los habitantes de la augusta ciudad a su niña bendita.

JOSE ALVAREZ SAENZ DE BURUAGA



“De todo un poco”

Bajo este título y Dios mediante desde el número próximo, vamos a publicar los trabajos que frecuentemente se nos envían y que si no ofrecen una inmediata relación con la literatura, sí la muestran mediatamente, si nos atenemos al sentido lato de *littéra*.

Son estudios interesantes e instructivos, que, sin duda, agradarán al lector, y debidos a doctas plumas extremeñas, vinculadas por más de una razón a esta Revista.

De este modo damos mayor variedad a las páginas de *Alcántara*, contribuimos a la difusión de la cultura, en sus diversas modalidades, y complacemos, muy gustosamente, a quienes nos honran con esta clase de colaboraciones.

=

Aparecerá en el próximo número de «Alcántara»:
«Configuración, métrica y estado actual del Universo físico»,
por Eliseo Ortega Rodrigo.



Voces y expresiones viciosas

Cerúleo

Si no hubiera moneda legítima nada tendrían que temer los monederos falsos; y si no hubiera un código con su correspondiente cuadro de penas, nada tendrían que temer los que delinquen. Pero los monederos falsos están siempre temerosos de que antes o después se descubra su engaño, porque saben que existe una moneda legítima que les sirvió de modelo para acuñar la falsa; y los delincuentes saben también que, más tarde o más temprano, descubrirán su fechoría, porque existen unos servidores del Estado que les siguen la pista y unos Tribunales encargados de castigarles.

Este régimen de seguridad hace que no todos se atrevan a delinquir. Y cuando una defectuosa conformación moral de la conciencia les permitiera atropellar cuanto se les pusiera por delante, la ley positiva les abre los ojos y pone fuertes trabas a su incontinencia.

Pero donde nada hay que temer aunque exista moneda legítima y en cierto modo reglas que prescriban usos y prácticas, es en el arte. Así un audacísimo innovador pintará un árbol de ramas azules; un caballo de pelo verde, un elefante con alas o un asno con cabeza de buho. Un autor dramático sacará en mantillas a escena a su héroe, en el primer acto; le hará contraer matrimonio en el segundo y aparecer en el tercero rodeado de nietos. *Enfant au premier acte, et barbón au dernier*. (1).

Un poeta enseñará metafísica a través de sus versos; desarrollará una ecuación de cuarto o quinto grado en endecasílabos; hará que huelan los ojos, vean los oídos y palpe el olfato. Un músico variará el ritmo de la Cabalgata de las *Valkyrias* o de la obertura de *Tanhaüser*, y una orquesta de *Music-hall* se encargará de completar la soberana injuria. Y un crítico juzgará de mano de su complicado mecanismo moral; de sus gustos, hábitos, instinto, creencias, carácter, temperamento, aficiones, simpatías, etc., el más remoto pasado y echará pestes del *Pean*, porque no hay en él ningún sentimiento delicado, sutil, ultraexquisito; abominará de las fábulas de Bildpai o Esopo, porque no esté en ellas ni en germen, siquiera, la doctrina existencialista; renunciará a leer *Los trabajos y los días*, o la *Iliada*, porque ni Hesiodo ni Homero escribían a lo Rilke o a lo Mallarmé.

¡Pues vayan Vdes. a estos reyezuelos de la letra de molde, sobre

(1) Boileau, *Poética*, Canto III.